



# ALBUM DE SEÑORITAS

## CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

### INSTRUCCION.

#### HISTORIA DE LA MUJER.

##### *Mujeres célebres de la antigüedad.*

Cerramos la reseña de las mujeres que mas se han distinguido en los antiguos tiempos con la biografía de *Zenobia*, reina famosa de Palmira. Si no la recomendasen á nuestra eleccion sus altos hechos y relevantes cualidades, la historia la daría lugar en estas columnas. Las ruinas de Palmira, contempladas con tanto interés por los viajeros y anticuarios, los restos de la ciudad brillante, emporio un dia del comercio de Oriente, merecen bien que consignemos cómo dejó de existir.

Esposa de Odenato, príncipe de Palmira, y descendiente de Semíramis y Cleopatra, Zenobia, bella é instruida, era valerosa y prudente. Sapor, rey de Persia, venció é hizo prisionero al emperador de Roma, Valeriano; y Odenato, temiendo su ambicion, envióle cuando se acercaba embajadores, ofreciéndole ho-

menaje y ricos presentes. El invasor recibió á los enviados con desprecio, y les dijo, despues de hacer arrojar al agua los regalos, que recibiría á Odenato echándose á sus piés, las manos atadas á la espalda. Indignado el príncipe sirio de afrenta tamaña, y excitado á vengarla por Zenobia, tomó las armas, declarándose Rey, á vista de la degradacion del emperador Galieno, que ni se curaba, entregado á los placeres, de librar á su padre Valeriano de la esclavitud humillante en que yacía. Levantó un ejército; acometió empresas, cuya audacia asombró á los persas; venció; unido á los romanos recobró la Mesopotamia, y derrotó al soberbio y poderoso Sapor. Satisfecho Galieno de que sin pelear era destruido su enemigo, nombró á Odenato general de los ejércitos de Oriente. Entonces el soberano de Palmira recorrió la Persia como conquistador, y el Emperador en premio de sus triunfos le dió el título de *César*, y á Zenobia el de *Augusta*; porque no solo auxiliaba á su esposo con sus sábios y prudentes consejos, sino que le acompañaba en sus expediciones, y peleaba á su lado con el mismo vigor que el mas intrépido guer-



rero. Pacificado el Oriente por los esfuerzos de ambos, una traicion infame terminó la gloriosa existencia de Odenato; y las tropas, los príncipes y los pueblos del Asia proclamaron a una para sucederle á Zenobia, que por su belleza y virtudes, por su presencia é intrepidez era de todos querida y venerada. Pero el envilecido Galieno, indigno de la púrpura, desdenó admitirla á la participacion del Imperio, y envió sus tropas contra ella. Vióse entonces á Zenobia vestida de guerrero, y ceñido su caseo con la diadema real, presentarse al frente del ejército, desnudo el brazo y lanza en mano, arreglar á sus soldados, marchar á su frente al encuentro del enemigo, y derrotarle completamente. Esta victoria la permitió gozar tranquilamente de su poder y de su gloria por espacio de algunos años. Galieno terminó su vida vergonzosa el año 268, dejando muy desmembrado el Imperio. El pueblo rey aguardaba en silencio al soberano que plugiese á los soldados darle, y le fué dado Claudio. Disputado el Imperio, é invadido por los bárbaros, Claudio, digno del cetro, se presentó al Senado, y pronunció estas memorables palabras: «Padres conscriptos, dijo: Tétrico y Zenobia, disputádomel trono, solo son enemigos del Emperador: los bárbaros lo son del Imperio: vengüemos la injuria del Estado antes que la mia. Importa poco decir quién gobernará la república; pero es forzoso que sea independiente y se vea libre de extranjeros.» Claudio triunfó de los bárbaros, y al marchar contra sus rivales le sorprendió la muerte, y el ejército proclamó á Aureliano, el gran capitán de su siglo, aunque duro en su venganza. Partió con numerosas legiones

á someter á Zenobia, que despues de humillar á Galieno se habia dedicado con ahinco á la prosperidad del Estado. «Habia tomado (dicen los historiadores de Roma) por modelo á Dido, Semíramis y Cleopatra: firmeza en el mando, valor en los reveses, elevacion en los sentimientos, aplicacion al trabajo, disimulo en la política, audacia y ambicion ilimitadas, hé aquí las circunstancias que reunió esta mujer célebre que ostentó todas las cualidades varoniles de los héroes sin ninguna de las debilidades de su sexo. Su castidad era igual á su brío: no conoció mas amor que el de la gloria. Orgullosa con el título de Augusta, dió á sus tres hijos nombre latino, griego, y siriano respectivamente, porque reinasen uno en Roma, en Grecia otro, y otro en Asia. Mezclando á punto la dulzura con la severidad, y el castigo con la recompensa, fué siempre obedecida y respetada. Amiga de las letras, honró con su confianza al célebre Longino, quien la versó en varios idiomas y en la historia, de que gustaba mucho, y á que llamaba *ciencia de los principes*, escribiendo la de Egipto. Si se salvó el imperio romano de Oriente, á su brazo se debió y á su génio.»

La reina de Palmira salió al encuentro de Aureliano, que se acercaba victorioso, y los dos ejércitos se avistaron y acometieron junto á Antioquía. Los palmiranos llevan la mejor parte en el combate, pero el excesivo ardor de su caballería la empeñó en la persecucion de la romana, contra las órdenes de Zenobia, dejando sin apoyo á la infantería, que sucumbió á la superioridad de la imperial. No tardó la reina de Oriente en levan-



lar un ejército de 70,000 hombres, y en batirse otra vez con el Emperador. Desesperado de que una mujer, no solo le disputase el Imperio, sino su gloria como guerrero, peleó con el mayor furor, mientras ésta recorriendo de continuo sus filas, y en los sitios mas prodigiosos, era el terror y admiración del enemigo. La suerte del Imperio pendía del éxito de esta larga y sangrienta batalla, que habría ganado Zenobia, y con ella el Imperio de Occidente, con tropas mas obedientes. Pero en aquella memorable acción sucedió exactamente lo que en la anterior. La caballería de Siria destrozó á la de Roma, pero desguarneció los flancos de la infantería, y aprovechándose las legiones de esta falta, inútiles fueron los esfuerzos heroicos de Zenobia, que llegó á combatir á pié como simple soldado.

Derrotada, y perseguida sin tregua, se encerró con los restos de su ejército en Palmira, y se preparó á una vigorosa defensa. Sitióla el vencedor; recibió una herida. Tanto se resistía la ciudad á los dominadores del mundo, que desconfiando Aureliano, y temiendo el cansancio de sus tropas, ofreció á Zenobia una paz honrosa. Creyóse insultada y herida su altivez porque así se olvidaban los servicios que habia prestado á Roma, y el respeto que se debe al infortunio, rechazó la propuesta, y el Emperador redobló su empeño. El hambre obligó á Zenobia á tentar fortuna, y salió de Palmira y llegó al Eufrates. A punto de atravesarle, fué alcanzada y hecha prisionera. Un momento mas, y acaso la Ciudad de los Césares la reconoce su Señora, fuerte como iba á hacerse con los persas. Rindióse Palmira, pero sublevada de nuevo, entregóse Aureliano á toda la violencia

de su carácter, pasando á cuchillo á sus habitantes y entregándola á las llamas, quedando en breves dias reducida á un monton de preciosas ruinas la perla del Oriente. Tan tremendo castigo no impuso bastante al pueblo de Zenobia, y el Egipto se sublevó en su favor. Sometióle Aureliano, y entró en Roma el año 274. Zenobia fué el principal ornamento de su triunfo, uno de los mas pomposos que vió el pueblo romano, y retirada á Tívoli, se dedicó al cultivo de las letras, y escribió la *Historia de Alejandria*, que por desgracia se ha perdido.

La grandeza de ánimo con que se resignó á su adversa suerte una princesa acostumbrada á despreciar la vida, á vencer á los egipcios, á los persas y á las formidables legiones romanas, hace su mayor elogio, y el nombre de Zenobia pasará con gloria de la mujer y de las reinas á las edades mas remotas.

A. Pirala.

## LITERATURA.

### ¿QUÉ DIRÍAS?

Carolina, si dijere

Que como un loco te adoro,  
Que eres todo mi tesoro,  
Que nadie cual yo te quiere:  
Si dijere que los dias  
Que pasan y no te veo  
Te hace mas bella el deseo,  
¿Qué dirías?

Si los goces que el orgullo  
Sobre mi frente amontona  
Como luciente corona,  
Como amoroso murmullo:



Si las pobres alegrías  
Que anhela el alma sujeta  
Por tí las busca el poeta,  
¿Qué dirías?

Si esas tristes ilusiones  
Que vagan enredor mio,  
Tristes hijas del hastio  
De gastados corazones;  
Si aquestas noches umbrías  
De mi soledad de aquí  
Las paso pensando en tí,

¿Qué dirías?

Si en el agudo tormento  
Que hiere mi corazon,  
Tan solo por mi pasión  
No se agota el sufrimiento;  
Si las memorias sombrías  
De mis pesares de ayer,  
Por tí las sufro, mujer,  
¿Qué dirías?

Si dijere que mi pecho  
Que atarazan los dolores,  
Para guardar tus amores  
Es por mí bien poco estrecho;  
Si las esperanzas mías,  
Pobres pedazos del alma  
Buscan en tí dulce calma,  
¿Qué dirías?

*M. Martinez Murguia.*

### MARIETTA TINTORELLA.

*Escrita en francés*

Por M<sup>de</sup>. **EUGENIA FOA**, y traducida al  
CASTELLANO POR ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ.

(Continuacion.)

VI.

*La carta con sello real.*

Jacobo Robusti se habia puesto de nuevo á trabajar. Al principio apenas podia sostener el pincel; la mano que acababa de

castigar á su hija estaba todavia alterada; mas poco á poco se fué tranquilizando, y cuando su madre entró en el taller, habia casi olvidado su cólera y el motivo de ella.

Hé aquí una carta, que os ha traído un correo de á caballo todo galoneado, dijo la señora Robusti, poniendo sobre el borde del caballete de su hijo un papel plegado en cuadro, y sellado con una cinta verde, de la que pendia un sello de cera verde tambien.

Viendo que su hijo no le respondia, ni siquiera miraba la carta, añadió: ¿Quereis que llame á Marietta para que os la lea?

—Marietta! Marietta! respondió el Tintoreto, cuya cabeza se exaltaba de nuevo al oír este nombre; os suplico madre mia que dejeis á Marietta en paz.

—Por qué hablais así, Jacobo? se diría que deseais mal á esa pobre niña... á esa dulce y tímida criatura.

—Esa querida niña, esa dulce y prudente criatura, respondió Jacobo con el mismo tono que su madre, es una... es una nécia, una impertinente, á quien he cerrado con Have, y á quien he prohibido presentarse delante de mí, al menos por ocho días.

—¡Vos... vos... la habeis encerrado!... exclamó la anciana tintorera, no pudiendo creer lo que oía; ¿la habeis encerrado?... á ella! á Marietta!

—A ella... á Marietta; ¿creeis que no me haya atrevido? replicó Jacobo con resolucion.

La buena abuela le escuchaba como aquel que sueña despierto.

—Jacobo, le dijo acercándose á él, ya mudareis de resolucion, y perdonareis á mi nietecita: no os pregunto lo que ha hecho; hizo mal, pues que os ha disgustado, pero ¿la perdonareis, no es verdad?

Jacobo por evitar de responder á su madre, cuyas quejas le llegaban al corazon mas de lo que parecia, se puso á abrir la carta, y empezó á leer por la firma.



—Es de Felipe II, del Rey de España, dijo al fin, y recorriéndola sin leerla, añadió: Habla de un retrato hecho sin duda por Dominiquino, pues aunque dice mi hija, es una equivocación; el Rey llama al autor del retrato á su corte, y quiere hacerse retratar por él, ¡qué honor!... estoy loco de alegría!... Madre mia... llamad á Dominico, os lo suplico... ¡Dominico! ¡Dominico! gritó con voz agitada y sin poderse contener... ¡El pobre jóven está cerrado en su cuarto, y tan absorto en su pintura, que ni siquiera me oye: ¡Dominico! ¡Dominico!

La puerta del taller se abrió en este momento, y la señora Robusti que iba á salir, se halló frente á frente del padre Ambrosio.

## VII.

*Otra vez el padre Ambrosio.*

—Perdonad, he equivocado el taller, dijo el padre Ambrosio, en ademán de retirarse.

—No importa, padre Ambrosio, tomáos la molestia de pasar adelante, contestó Jacobo dirigiéndose al canónigo; y si es á Dominico á quien quereis hablar, mi madre va en este momento á decirle que pase á mi cuarto, porque yo tambien tengo que comunicarle cierto asunto.

Apenas Jacobo concluyó de hablar, la tintorera ofreció una silla al padre Ambrosio, y se retiró.

El padre Ambrosio tomó asiento.

—¡Qué bello cuadro, señor Ruluti! exclamó el canónigo, que era en verdad inteligente en la pintura; ¡qué lindo es este parque! qué vasto, qué aéreo! ¡Estos pájaros raros, estos conejos, están contorneados y concluidos con admirable maestría; y sobre todo, esta cortina que se escapa del brazo de Susana es admirable!

—Y bien, yo no soy de vuestro parecer,

padre mio, dijo la anciana, que entraba en este momento; esta cortina no está bien.

—¿Y qué hallais en ella de malo, madre mia? dijo Tintoreto, riéndose, con la seguridad del que conoce la superioridad de sus conocimientos.

—Por de pronto está muy mal teñida... ¡Oh! no hay que reirse, Jacobo, ni mover así la cabeza: yo sé alguna cosa de teñir, añadió gravemente la tintorera; y te aseguro, que si Susana manda lavar la cortina, ó si por azar, la deja caer un poco en el agua, la tela desteñirá, y el agua se pondrá sucia... ¿Quiéres apostar? haz la prueba...

—En tintes, no digo menos, señora; pero en pintura es diferente, respondió el canónigo.

—Hé aquí otro, que no quiere comprender que todo es color, replicó la tintorera con impaciencia.

—Quizá sea algo falso el color de esta cortina, dijo Jacobo reflexionando, mi madre puede tener razon.

—Al fin das la razon á tu madre, gracias á Dios, Jacobo! exclamó la vieja con aire satisfecho... hace ya mucho tiempo que te lo digo, que la pintura solo es un tinte empleado con mas delicadeza...

—¿Y Dominico? preguntó Tintoreto.

—Héle aquí, dijo el padre Ambrosio señalando al jóven, que acababa de llegar al taller.

—Al ver el modo con que se adelantó, al ver sus maneras, era fácil conocer que le acababan de arrancar del sueño: sus ojos inflamados, sus facciones alteradas, atestaban una noche de agitacion; y conservaba aun todo el aire de una persona dormida; mas la vista del padre Ambrosio, frio y severo, le despertó completamente. Dominico se dirigió hácia él, en una aptitud casi suplicante.

—Yo vengo á saber si el cuadro está



concluido, señor Dominico, dijo el canónigo con voz de trueno; estamos á veinte de Agosto, y segun nuestras condiciones, el cuadro hubiera debido colocarse para la fiesta de la Virgen, que pasó hace ya cinco dias.

—Os aseguro, padre mio... os aseguro... balbuceó Dominico, estremamente embarazado.

—Que cuando se hace una promesa es menester cumplirla, caballero, contestó el canónigo con dureza... Por lo demás, os vuelvo vuestra palabra, señor mio, guardaos el cuadro, y volvedme el dinero que os he adelantado.

—Qué dinero? preguntó Jacobo.

—He pagado el cuadro, hace ya largo tiempo, contestó el canónigo.

—¡Dominico, Dominico! ¿y tú has consentido en recibir adelantado el dinero de un cuadro? exclamó el Tintoreto lleno de indignacion.

—Sin duda para darlo á su hermana para el gasto de la casa (observaba la pobre abuela, siempre pronta á defender sus queridos nietos): Jacobo, tú no das nada, y sin embargo, es preciso sostener la casa. Dominico bajó la cabeza sin responder.

—Por otra parte, padre mio, dijo el Tintoreto un poco conmovido por la respuesta de su madre, os suplico tengais la bondad de excusar á mi hijo, en consideracion de la carta que acaba de recibir del Rey de España Felipe II. Toma, Dominico, lee; pues para eso te habia hecho llamar.

Dominico tomó la carta de manos de su padre; pero apenas hubo fijado sus ojos sobre el contenido, exclamó:

—¡Padre mio, no es para mí, es para Marietta!

—Un error!... hijo mio, un error, dijo Jacobo Robusti. Se trata, me parece, del retrato de un Grande de España... y tú her-

mana, embarrá, enreda con la pintura, pero no pinta; nada he visto de su mano, es una perezosa, una jóven que no es buena para nada, una jóven á quien hice aprender la música, y que sin embargo no sabe una nota.

—Mi hermana! exclamó atónito el Dominiquino.

—Sí, tu hermana, sin ir mas allá.... en este momento le habia suplicado que cantase un ária para recrearme. La señorita, enojada sin duda por haberse levantado muy temprano, queria irse á acostar de nuevo; no puedo decirte las tonterias que ha inventado por no hacerme este pequeño servicio.... En fin, obligada por mí á coger su guitarra, se ha puesto á llorar de despecho.

—¡Pobre, pobre Marietta! repetia Dominico enternecido.

—Tu pobre Marietta está cerrada con llave en su cuarto por ocho dias, observó Jacobo Robusti con serenidad.

—Cerrada! exclamó Dominico fuera de sí; habeis reprendido á mi hermana, la habeis castigado, y ella no os ha dicho que era por mi causa, por acabar mi obra, por reparar el tiempo, el tiempo que yo pierdo continuamente, por lo que se levanta esa pobre niña antes del dia, lo que la hace abandonar la música; y aun no contenta con acabar mi obra... como ni vos ni yo, padre mio, añadió humildemente el jóven pintor; como ni vos ni yo, damos utilidad á la casa, es ella la que nos sostiene haciendo retratos. Sí, padre mio, la carta del Rey es para Marietta, no lo dudeis, yo os lo aseguro.

—Hija mia, hija mia! decia Tintoreto con emocion, ¡y yo que la he reprendido! ¡Oh, vamos, vamos á consolarla, pobre Marietta!... Permitid, padre, añadió, pasando por delante del canónigo y lanzándose fuera del taller.

Todos le siguieron con la mayor ansiedad, mas ¿cuál fué su admiracion, cuando



al acercarse á la habitacion de la jóven hallaron las dos hojas de la puerta enteramente abiertas, sin hallar á nadie en el interior?

(Se continuará.)

## TEATROS.

La Côte se halla en el apogeo de su grandeza, de su animacion. Una atmósfera pura y despejada, un sol benéfico, y una temperatura de otoño, son sobrado estímulo para tener las calles y los paseos concurridos, y las tiendas atestadas de gentes. Si á esto añadimos las Ferias, difícilmente podríamos pintar el aspecto de Madrid.

Las Ferias, que son el anhelado Mesías de los niños y de las jóvenes, con su séquito de juguetes y de modas, forman una verdadera época en Madrid; época bulliciosa, alegre, que hace un paréntesis entre el abrasado verano y el helado invierno.

Los teatros, que reflejan la animacion de los pueblos, se ven en estos dias concurridísimos: si como solo hay tres abiertos, lo estuvieran los siete, les veríamos igualmente llenos. En Ferias, como en Pascuas, va todo Madrid al teatro: ahora van ademas los forasteros.

A la apertura del coliseo *Circo* siguió la del de *Lope de Vega*, con la aplaudida comedia del Fénix de los ingenios, cuyo nombre lleva el teatro, titulada *Amantes y celosos todos son locos*, ejecutada por el señor Romea con ese acierto con que representa los galanes de nuestro teatro antiguo; acierto difícil, porque no está acostumbrado el público á oír cantar el verso, que es como debe recitarse en tales producciones, porque así es la propiedad, porque el lirismo de la poesía dramática del siglo XVII

exige una entonacion que rechaza la de nuestros dias.

La Nena estuvo arrebatadora en su baile; y á fé que si la hubiera visto Dumas, dijera lo que ha dicho de la Petra Cámara.

Posteriormente se han ejecutado *Un loco hace ciento*, y *García del Castañar*, en la cual hemos vuelto á oír aquella magnífica é inimitable descripcion de la caza y comida de dos perdices.

Al *Valle de Andorra* siguió en el *Circo* *El marqués de Caravaca*, y *D. Simon*, y representándose el martes *El Dominó azul*, en el que hicieron su primera salida la señorita Ramirez, alumna del Conservatorio de esta corte, y el señor Font, que cantaba en el teatro del *Liceo* en Barcelona. La fama precedió ya á estos nuevos actores; pero se quedó muy atrás del efecto que en el público han causado.

La señorita Ramirez, esa perla del Conservatorio madrileño, con su delicada voz, sus maneras tan elegantes como sencillas y naturales, su candidez de diez y siete años, y su bonita presencia, cautivaron al público, que la colmó de aplausos y de flores.

El señor Font con su agradable aspecto, sus finos modales, su buen decir y su magnífico canto, hizo que se oyera el *Dominó azul* como no se habia oido en el *Circo*, como no esperaba oirse, como es preciso oirlo para comprender las bellezas musicales que encierra.

Aunque breves, no terminaremos sin dejar consignado el lujo de los trajes de las señoritas Ramirez y Latorre, que llamaron justamente la atencion.

Felicitemos, pues, á la Empresa y al autor por tales adquisiciones.

El señor Farro ha organizado en la *Cruz* una compañía dramática, en la que figura como primera actriz doña Josefa Rizo. Ha inaugurado sus funciones con el drama nue-



vo, traducido del francés, titulado *El honor de la casa*, y *El marido desocupado*, comedia nueva en un acto, de todo lo cual hablaremos en la próxima Revista.

La compañía francesa comenzará en breve sus tareas, y el *Príncipe* abrirá sus puertas en cuanto llegue la señora Lamadrid, á quien detuvo en París una indisposición repentina, que todos lamentamos.

*El Teatro Real* prepara *I. Lombardi* para el 3 de octubre; y despues *La Norma*; cuya ejecucion nos sorprenderá, segun noticias.

### Esplicacion del Figurin.

La figura que se presenta en primer término en nuestro grabado de Modas es una señora en traje de paseo. Está sentada y tiene delante un caballete y una mesa con paleta y pinceles, y algunos otros chismes de pintura. Su vestido es de tafetan escocés, de cuadros grandes y colores fuertes. El cuerpo es alto y fruncido en la cintura y hombros: el talle bajo y redondo: la manga, ajustada de arriba y muy ancha de abajo, va abierta por delante: la falda lisa y pegada con pliegues muy gruesos. Una cinta del número 22, correspondiente al vestido, plegada á la antigua y suelta por las orillas va colocada todo lo largo del vestido por delante, desde el cuello hasta el bajo de la falda. El mismo adorno llevan las mangas, cuya abertura termina un grande lazo de la misma cinta. Pañuelo grande de crespon de la China blanco, bordado de colores matizados. Cuello y manga blanca de encanje. Sombrero de paja de Italia, con flores del árbol de Judea: el ala muy pequeña, redon-

da y sujeta á la barba con lazos de cinta blanca ancha: la copa muy echada atrás.

La segunda figura es una señorita en pié, con vestido blanco de muselina de Suiza. El cuerpo es alto y abotonado por detrás, y un poco abierto por delante, en forma de corazon; la guarnicion que adorna el escote, haciendo lugar de un cuello, tiene ocho centímetros de ancha, y disminuye dos en el bajo de la abertura, cogida con un lazo de cinta azul: la parte delantera del cuerpo va fruncida en la hombrera, cuya costura tiene vivos, y suelta en el centro, vuelve á fruncirse en el talle, que termina por una guarnicion todo al rededor, como aldeta ó volante, sujeta con un cinturon de cinta azul con lazo pequeño y caidas flotantes. Tres grandes volantes, con ondas festoneadas, que principian en el talle, cubren completamente la falda. La manga, lisa por arriba y ancha por abajo, está sostenida por un puño en lo alto del antebrazo y termina con dos guarniciones festoneadas. El peinado de esta jóven está dispuesto en bandós huecos, con adornos de cinta de terciopelo, que vienen por detrás de los bandós y acompañan por cada lado á un largo tirabuzon. Sobrilla de raso de color de rosa fuerte, cubierta de blonda negra, cuyas ondas la guarnecen en lugar de fleco.

### ADVERTENCIA.

Ademas del figurin á que se refiere la explicacion anterior, acompañamos otro á las señoras que están suscritas á dos figurines, y que por un retraso involuntario no pudo repartirse á su tiempo: con el número próximo recibirán las mismas señoras el segundo de este mes.





3

372

Jules David

A. D. 1844

# LE MONITEUR DE LA MODE

Modes de la Maison Rubler sœurs, Richelieu, 25 bis. Fleurs de Camille Duchateau, r. St. Marc, 9. Coiffures de M<sup>me</sup> Laurence, r. Richelieu, 62. Robes à Dispositions de la Maison Delisle, r. de Choiseul, 11. Châles des Magasins du Serrurier, Richelieu, 73. Corsets de M<sup>me</sup> Hyppolite, r. de la Harpe, 9. Parfums de Begrand, Breveté par S. M. L'Empereur, r. St. Hon<sup>oré</sup>, 319. — Tissus des Villes de France. Bijoux en Cheveux de Benoumier, et C<sup>ie</sup>, r. du Coq, St. Hon<sup>oré</sup>, 9.

Paris, Rue Richelieu, 92.

LONDON, at the Monitor Office, 25, Great Street, Soho. NEW-YORK, E. B. Strong and brother





BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID